

Presentación

Los buenos profesores andan solos

Ignacio Sánchez

Director Revista Pensadero

Los buenos profesores andan solos. Enseñan solos, se forman solos, preparan sus clases solos, programan solos, evalúan solos, se estudian las nuevas leyes solos, se reúnen con las familias solos, gestionan los conflictos solos, motivan a sus estudiantes solos y se motivan a sí mismos solos. También leen revistas educativas solos y reflexionan sobre su práctica solos. Incluso en aquello que exige cierto nivel de trabajo en equipo y de coordinación -como planificar las salidas escolares, organizar exhibiciones deportivas o crear un plan digital, por ejemplo- los buenos y afortunados docentes a los que se les encomienda la tarea se sienten solos.

Cómo no sentirse solos si es que son ellos, los buenos maestros, las buenas maestras, quienes cargan sobre sus espaldas la responsabilidad no ya de educar, sino de hacer el mundo un lugar mejor. Eso dicen muchos *posts* de Instagram, al menos. El mito del «superprofesor» se sigue imponiendo en el imaginario colectivo y representaciones cinematográficas como la de John Keating (*El club de los poetas muertos*, dir. Peter Weir, 1989) siguen inspirando a nuevas generaciones en las facultades de educación. Un docente extraordinario con ideas originales y talentos únicos; un personaje quijotesco que desafía la lógica del sistema recorriendo caminos inexplorados ante las miradas de incompreensión y de reprobación de sus compañeros; un personaje «peterpanesco» que despierta la admiración de los muchachos y lidera su revuelta frente al mundo adulto.

El buen maestro, desde esta visión idealizada, es el que cambia la vida de sus alumnos, el que se sacrifica y renuncia a su vida personal para ello: el buen maestro es el verso libre de la institución educativa. En *Los mejores años de Miss Brodie* (dir. Ronald Neame, 1969), Maggie Smith interpreta a Jean Brodie, otra maestra polémica y rebelde cuya personalidad y métodos poco convencionales fascinan a sus alumnas y la enfrentan abiertamente con la dirección de su centro. En muchos aspectos, *Los mejores años de Miss Brodie* funciona como un perfecto negativo de *El club de los poetas muertos*, en el que un colegio de élite masculino de la década de 1950 pasa a ser una escuela privada femenina de los años 30, y Brodie es prácticamente una gemela de Keating... pero una gemela malvada. Brodie, al tiempo que enseña poemas sobre la belleza y la verdad, inculca ideas fascistas, ensalza a Mussolini, recauda fondos para Franco y envía a sus estudiantes a morir en la guerra civil española.

Con Brodie somos más conscientes de los problemas que entraña la habitual idealización del maestro como un líder carismático y solitario. Es una idealización que vincula la autoridad del docente casi exclusivamente a su capacidad para influir, seducir y atraer a sus pupilos, diluyendo los límites de su responsabilidad en una épica de la resistencia. Su poder, que acaba siendo pura y dura manipulación, radica en un encanto personal que no es otra cosa que una glorificación individualista y contestataria de la vida. *Nos gustan porque son únicos y están solos porque son únicos*. Así que en esta idealización, pese a lo que pudiera parecer a primera vista, el ego del docente queda muy por delante del bienestar de los estudiantes: lo primero es reafirmar «mi» personalidad fuerte frente a la débil de aquellos que se están formando; reivindicar «mi» singular método frente a los métodos más convencionales que emplean mis compañeros; imponer «mi» controvertida visión del mundo frente a la visión corriente y ordinaria del resto de la sociedad.

Este primer volumen de la Revista Pensadero, que tengo el honor de presentar, no es un compendio de singulares métodos milagrosos ni de estrechas visiones del mundo. En primer lugar, todas las reflexiones y prácticas recogidas parten de las necesidades del alumnado y en todas ellas se prioriza la dimensión relacional y afectiva del cuidado, del acompañamiento y de la atención. No se puede aprender si no hay seguridad, si no existe confianza, si no cultivamos y protegemos el vínculo entre el docente y el discente.

En segundo lugar, se trata de experiencias compartidas, varias de las cuales han sido llevadas a cabo entre colegas, que han pasado por un proceso de validación y discusión profesional: todas se han «sometido» al dictamen de la comunidad profesional, representada por los docentes que han llevado a cabo la revisión de doble ciego de los originales enviados para su publicación.

En la sección de «Artículos de prácticas sistematizadas» el lector encontrará cuatro contribuciones. Alfredo Serrano de Haro Martínez e Isabel Solís Casco identificaron en sus clases de Lengua que la desesperanza era la nota dominante en la imaginación de sus estudiantes y decidieron incentivar la esperanza al tiempo que trabajaban y potenciaban la competencia oral, con los resultados que aquí muestran. Massiel Reyes Castro y María Victoria Seoane Rodicio, por su parte, han desarrollado y adaptado la propuesta de Aula de Convivencia de un centro malagueño al contexto de la Comunidad de Madrid, postulando esta como una herramienta clave para construir un espacio seguro de diálogo y tolerancia desde el que combatir el fracaso escolar. Isabel Barandiarán García, desde Santa Cruz de Tenerife, describe y explica los pormenores de un proyecto piloto de Aprendizaje-Servicio que también busca reducir la tasa de Abandono Escolar Prematuro, conectando al alumnado del Bachillerato de personas adultas y sus saberes experienciales con el alumnado adolescente de Secundaria. Y Guillermo García Ureña reformula sus clases de Filosofía y propone una aproximación alternativa a la materia, con la aspiración de establecer una Comunidad de Indagación en la que el conocimiento es un producto de la interacción de sus miembros.

Acompañan estas propuestas, en la sección de «Artículos de investigación y evidencias educativas», otras dos contribuciones que complementan muy bien los temas tratados. La primera viene firmada por Jorge Úbeda Gómez y elabora una nueva conceptualización para el estudio de la organización curricular por ámbitos en Secundaria, presentando además los casos de dos centros educativos como ejemplos de dicha organización. La segunda es un análisis empírico de la orientación profesional en España realizado por Francisco López Rupérez e Isabel García García a partir de los datos de PISA que nos señala, entre otras, la brecha existente entre las expectativas profesionales de los alumnos de 15 años y las de la formación necesaria para alcanzarlas.

Por último, en la sección de «Reseñas», hemos querido incluir un clásico muy recomendable para cualquier persona que tenga interés en la educación informada por las evidencias. A partir de una reconocida obra de Daniel T. Willingham, María de la Torre Barranco nos ayuda a descubrir cómo se pueden beneficiar los docentes de la revolución de la ciencia cognitiva.

Este primer volumen pivota alrededor de la etapa de Secundaria, aunque la Revista Pensadero nace con el afán de cubrir todos los niveles educativos y todas las especialidades en volúmenes posteriores. Agradezco a los autores su generosidad y confianza a la hora de compartir y poner en nuestras manos los frutos de su valioso y delicado trabajo. Agradezco también al Consejo Editorial su disponibilidad y su dedicación altruista al proyecto, así como al Consejo Asesor el apoyo decisivo y desinteresado que nos ha brindado. La Revista Pensadero es el envite de la Fundación Promaestro por el conocimiento que se produce en los contextos escolares: sabemos que puede ajustarse a los estándares de producción de conocimiento abierto que poseen las publicaciones de índole científica y creemos que este paso ha de contribuir a consolidar una comunidad profesional de docentes.

El mito del «superprofesor», del maestro brillante y solitario aislado de su claustro, al modo de Keating, puede servir de consuelo en momentos difíciles -¿Quién no se ha sentido solo, quién no se ha topado alguna vez con algún muro infranqueable al tratar de poner en marcha algo nuevo, quién no ha conocido la decepción, la incompreensión y el rechazo?- pero es un mito que debemos renovar. Sobre todo, porque no define adecuadamente lo que significa ser un buen profesor. Hace casi 8 años, recién llegado a

Promaestro, tuve que entrevistar a varias profesoras. Para una de ellas, su profesión consistía, simple y llanamente, en «*amar lo que se enseña y amar al que enseñas*». ¡Vaya frase! Yo no creía que hubiera mucho más que decir... pero esa maestra siguió hablando y me dijo otra cosa que tampoco he olvidado: me dijo que todo lo que había aprendido de la profesión se lo habían enseñado sus compañeros.

Eso era. Justo eso, lo que llevo un rato tratando de expresar.

O, dicho de otro modo, que si es verdad que los buenos profesores andan solos, entonces *la Revista Pensadero no es la revista de los buenos profesores*.

Y tú estás invitado a participar en ella.